

colección rúbrica



M^a DEL PILAR ALONSO DE PEDRO



BRUXAS

esstudio
ediciones

CAPÍTULO I

Comienzo del curso

Carlota era una joven emprendedora de apenas dieciocho años; en breve cumpliría los diecinueve. Había acabado sus estudios, y ahora decidía hacer un máster de Enología. Vivía en Galicia con su padre, aunque había disfrutado poco de él, ya que el internado fue su lugar de vida. Su padre se ocupaba de ella cuando regresaba a casa por vacaciones.

Cuando ella nació su madre falleció, y se crio entre la *nurse* (prima del padre) y el ama de llaves; eso era lo que le habían contado. Su padre viajaba mucho por negocios, tenía plantaciones de viñedos a nivel internacional.

Carlota quería empezar a conducir su vida siendo una buena enóloga. Condiciones no le faltaban, habiendo crecido entre viñedos; y a la vez lo había fortalecido con un curso de tres años de alto rendimiento.

Un buen día llegó de la facultad con unos folletos y se los presentó a su padre, diciéndole que su sueño sería ir a perfeccionar sus conocimientos a la Borgoña francesa.

Nicolás al principio se opuso, pero era algo a lo que no se podía imponer; bastante daño ya le había hecho

en su corta vida. Solo esperaba que nunca descubriera ese gran secreto.

Una compañera, amiga de Carlota, llamada Olalla, le comunicó querer ir con ella a Conques; total serían cuatro meses. Conques era una comuna francesa situada en el departamento de Aveyron, en la región de Occitania.

Al padre no le hizo mucha gracia que quisiera ir a Francia, pero reconocía que su hija estaba sumamente preparada con el idioma, ya que estudió en un colegio de prestigio varias lenguas. Por supuesto, la reputación con la que contaban esos viñedos hizo ver a Nicolás las ventajas, y al final le dio el consentimiento. Se irían a principios de mayo, y para septiembre regresarían.

Un día en que se encontraban todos comiendo en casa de Nicolás, este sacó unos billetes y se los dio a su hija y a su amiga. Era un regalo que su padre les quería hacer a las dos. Carlota se le comía a besos, ella era una joven muy responsable y adoraba a su querido padre.

Quisieron viajar en tren. Irían hasta París, y luego enlazarían desde allí hasta Conques, donde se hospedarían en la ruta de los viñedos de Marcillac.

Carlota estuvo taciturna durante el viaje, ojeando a través de la ventanilla del tren. Le encantaba ver aquel paisaje tan pintoresco del país galo. Llegarían a París, desde donde un chófer las llevaría a Conques.

Procedencia de Nicolás

Setenta años antes

En 1956, Facundo, padre de Nicolás, fue un emigrante más en busca de trabajo. Empezaba la gran explosión migratoria, se otorgaban permisos de trabajo no solo para las minas, sino también para otros sectores diferentes como las canteras, la metalurgia o el trabajo doméstico.

Los españoles fueron parte de la carne de cañón de «*la bataille du carbón*», la batalla de carbón, que libró Bélgica tras la Segunda Guerra Mundial para liberar a pasos agigantados su producción y poder reconstruir el país.

Facundo llegó a Bélgica con papeles para trabajar; menos la casa traía de todo. A su mujer, Matilde, la dejó en Galicia hasta que él pudo acomodarse en aquel país; pasarían tres años hasta que volviesen a estar juntos.

El desarrollo económico fomentó la emigración masiva a Bélgica, un país que pasó desapercibido en comparación a destinos como Suiza o Alemania, pero Bélgica acogió a más de 100.000 españoles que entraron a trabajar con contrato.

Desde las grandes ciudades como Madrid, Zaragoza, Valencia y Bilbao se viajaba en tren o autobús hasta

Irún, Port Bou y Cerbére. Allí se cogía un tren con dirección a París, centro neurálgico para desviarse a Bélgica, Suiza o Alemania, por la geografía gala, o incluso naciones más pequeñas como los Países Bajos o Luxemburgo.

La despedida de la pareja fue dura, por el poco tiempo que habían disfrutado de su matrimonio, pero en ellos quedaba la esperanza de volver a reencontrarse pronto, ya que los dos querían labrarse un porvenir.

Facundo llegó directamente a las minas, pero tuvo la gran fortuna de conocer a un terrateniente que iba reclutando obreros para una finca repleta de viñedos. No lo dudó, ya que él conocía mejor las tierras de labranza, y en menos de tres meses llegó a la hacienda, donde fue muy bien acogido por su participación, muy activa en todo lo que le proponían. Los domingos que descansaba frecuentaba la reagrupación familiar de varios españoles que se reunían en la localidad de acogida, donde se vivía un clima español. Una extensa comunidad de nacionales intentaban engañar al subconsciente con la falsa ilusión de una segunda patria. Con los años descubrirían que en España no se les reconocía como españoles y en Francia no eran franceses, ni en Bélgica como belgas.

Facundo, en esos momentos, echaba mucho en falta a su esposa. Las cartas tardaban meses en llegar, y siempre eran lo mismo: «¡Pronto estarás aquí!». Así pasaron tres años.

La soledad hizo estragos en Facundo. Él era un joven agraciado, con un pelo negro ensortijado y unos ojos enormes de color azul cielo. En la hacienda conoció a la hija de los señores, Claudia, una belleza tanto en su aspecto, rubio con ojos verdes, como en su sabiduría vinícola. Eso fue lo que hizo que entre ellos surgiera el flechazo y que, a escondidas de los padres, dueños de la hacienda, se vieses los dos, y ella enseñara el país a su amado.

Facundo, que no era tonto, apreció desde el principio la confianza depositada en él por el padre de Claudia, que le enseñó toda la labor de las viñas, y enseguida se formó como un buen vinicultor. Facultades no le faltaban para aprender algo que había vivido en su tierra de origen, Galicia.

Las cartas empezaron a llegar a Matilde con retraso, y ella quiso marchar lo antes posible al lado de su marido.

Las mujeres que en los años sesenta protagonizaron su primera salida al exterior sin una tutela masculina, emigraban como pioneras para trabajar como empleadas del hogar o porteras. Tenían un proceso de emigración circular; vivían entre dos países. En España dejaban a sus padres y hermanos; entre ellas tenían una expresión muy significativa que era «con el culo entre dos sillas». Con esa expresión pretendían explicar que en Bélgica eran españolas, pero en España las consideraban francesas o belgas.

Muchas mujeres partieron solas para emplearse en el servicio doméstico en París, Alemania, Bélgica, y romper así con esa imagen otorgada por el franquismo, con esa presión colectiva en la que solo veían peligros para ellas y mucha madurez en ellos. En esos momentos, el único peligro para ellas era caer en una red de prostitución o ser engañadas por un hombre; además de estar en contacto con la sociedad francesa, que supuestamente pervertía a las jóvenes y las alejaba de la moralidad sana.

Matilde se armó de valor y cogió un tren para llegar al lado de su marido; entraba como empleada del hogar.

Su primer encuentro les llenó de emoción a los dos. Eso hizo que Claudia quedase relegada a un segundo plano, lo cual a ella, una mujer liberal, no le hizo ninguna gracia, y con el paso de los días empezó a imponer su poder, teniendo siempre a raya a la pareja.

Matilde, que no era tonta, ya que en Galicia era docente de primaria, empezó a notar una actitud en su marido que apenas reconocía; y aunque el disfrutaba mucho con ella, se veía que bebía los vientos por aquella francesita que vivía en Bélgica, y no entendía por qué en su día libre pasaba parte de la jornada haciendo recados a esa señorita.

Facundo, intentando calmar a su mujer, le decía que ellos se debían al servicio de los señores; de lo contrario les darían el boleto para su país, y eso no era lo que ellos querían. Era entonces cuando ella parecía consentir esa actitud.

Claudia era una mujer de carácter, y se lo hacía notar a Matilde cada vez que estaba delante de ella, aunque ella había entrado en la casa para servir a sus padres.

La madre era una mujer bellísima y con un carácter amable; reconocía el valor de los inmigrantes, ya que sus antepasados también lo fueron.

En un lado de la hacienda se les dio una casa con una habitación, cocina y baño para vivir. Era allí donde habitaban cada vez que terminaba su jornada por la noche o cuando descansaban los domingos.

El idioma no se le resistió a Matilde, y pronto empezó a hablarlo con mucha fluidez. Facundo lo hablaba peor, pero tampoco lo necesitaba mucho, porque lo paliaba con su buen hacer en el trabajo.

Fue tal el comportamiento que tuvo en su labor, que su amo le nombró en apenas tres años vinicultor, y eso le hizo codearse con grandes nombres de la industria del vino.

Era una persona dedicada exclusivamente a la producción del buen vino. Pasó a ser un buen empleado de las bodegas, y su trabajo ahora era totalmente diferente a lo que había comenzado allí con el cultivo de la vid.

Su trabajo incluía:

—La cooperación con los vinicultores, para estar al tanto de los logros.

—El control de la madurez de las uvas para asegurar su calidad y para determinar el momento adecuado para la cosecha.

—El pisado o prensado de las uvas.

—El seguimiento del trasvase y de la fermentación del mosto y de los hollejos.

—El filtrado del vino para eliminar los sólidos restantes.

—El análisis y prueba de la calidad del vino.

—El trasiego del vino filtrado a barricas o tanques para su almacenamiento y maduración.

—La preparación del plan de embotellado del vino una vez ha madurado.

—Garantizar que la calidad del vino se mantiene una vez embotellado.

Todo esto le supuso a Facundo más sacrificio y menos horas de ocio con Matilde; a ella le decía:

—Dentro de unos años marcharemos a nuestro país, y allí crearé mi propio negocio.

Fueron años duros. Las promesas de Facundo se fueron trasladando a otro año más, y otro...

Matilde llevaba ya cinco años en ese lugar, y no se adaptaba. Hacía ya mucho tiempo que no veía a su familia. A pesar de las pocas horas que pasaba con su marido, quedó embarazada, y la señora Denise, madre de Claudia, le regaló una bonita canastilla y la hizo sentirse apoyada en esos momentos hormonales que tenía de tanta ansiedad.

En esa época, a Facundo se lo llevaron a Conques; allí tenían otra producción vinícola y ahora con su saber tenía que reconducir las tierras. En esos días apenas se veía a la señorita Claudia por la casa; según decían los obreros de la hacienda, había marchado detrás de su amado. Comentaban que era una mujer caprichosa, y no había hombre que se le resistiera.

Fue entonces cuando Matilde empezó a pensar que allí estaba pasando algo, y eso la entristeció mucho. ¿Qué haría ahora ella, sola y embarazada de seis meses? Pero cuando Facundo regresaba algún que otro fin de semana a la hacienda, y ella exponía sus reproches, él siempre le decía que no se preocupara, que estuviese tranquila, que ella era su amor verdadero. Eso la convencía en esos momentos, pero cuando tenía que partir otra vez volvían las dudas.

Quedaba ya menos de un mes para parir, él le había prometido estar a su lado en el momento que tuviera al niño. Una de sus mejores amigas era Eloísa, el ama de llaves de la casa, y una tarde en la que se encontraba dando un paseo por la finca para estirar las piernas, ya que el peso del embarazo era cada vez mayor, Eloísa se acercó a su amiga y le empezó a contar algunos chismes que corrían por la hacienda.

—¿Sabes, Matilde, que la señorita Claudia está embarazada? Es por lo que no se encuentra aquí.

—¿Quién es el padre?

—Dicen que es de un trabajador; pero ya sabes, todo son rumores. Esa mujer no para de tontear. Se